

Informe: Error Que no Debió Cometerse

Como círculos concéntricos, protocolares o encrespadas, las críticas se multiplican desde el exterior hacia Argentina frente al documento sobre los desaparecidos que resolvió dar a publicidad el régimen vecino.

Fácil sería sumarse a esas objeciones con el tono que el tema mismo, por su profunda carga humana, fomenta.

Creemos más útil resignar pasiones, por más justificadas que aparezcan, para tratar de ver claro, dentro de lo posible, tras la maraña que el error cometido por el gobierno de Buenos Aires ha creado.

Analizar las debilidades e insuficiencias del informe, a esta altura de las reacciones que ha provocado, sería reiteración.

Concentrémonos pues en lo que es en definitiva su esencia. De acuerdo al documento, los miles de desaparecidos, fruto amargo y asumido de la "guerra sucia" contra el terrorismo, deben considerarse "in totum" como muertos, deben considerarse como asunto concluido, sin nuevas instancias y confinado a la recoleta dimensión de la conciencia individual o las creencias religiosas.

Antes que nada, y frente a esas confirmaciones y confesiones que son el eje del documento, debemos recordar que si se debió redactarlo fue por la existencia de un capítulo abierto e inconcluso: las miles y miles de personas, de todas las edades y todos los sexos, que fueron desapareciendo, como resultado lateral de la lucha contra las actividades terroristas.

Esa lucha, su estilo, es la que en definitiva explica el error ahora cometido con ese informe que a nadie satisface y a muchos irrita o indigna.

Cuando la represión del terrorismo no es capaz —como ocurrió en Argentina— de rechazar la tentación del uso de medios e instrumentos ilegales; cuando la represión acepta y asume las reglas del juego enemigo y practica el terrorismo antiterrorista, como ocurrió en Argentina, el poder ético se contagia del irracionalismo peculiar del terrorismo y termina encontrándose en situaciones obturadas, como ocurrió en Argentina, de las que sólo se puede salir reconociendo una cuota de culpabilidad que es insoportable para los detentadores del poder.

Aquí es conveniente hacer una comparación con la situación italiana, donde la permanente vigencia de un régimen de derecho democrático no disminuyó la eficacia de la acción represiva contra un fenómeno terrorista, por lo menos tan despiadado como el que sufrió

Argentina, sin menoscabar nunca los valores que se defendían.

En Argentina, lamentablemente, trágicamente, el intento de racionalizar la irracionalidad del enemigo por el poder ético se ha dado en dos tiempos, que se unen en forma inevitable: el momento de la represión primero y, ahora, el momento de la explicación.

Como en primera instancia se cometieron faltas inconfesables, en esta segunda instancia las faltas siguen sin confesión. De esa forma, el documento que tenía que ser base firme de una reconciliación —reconciliación cuya ausencia hace frágil toda democratización argentina— esquiva la verdad, la margina en formas abstractas y genéricas, la exorcisa en retóricas que pretenden ser francas.

Al respecto, alcanza con señalar que en un documento sobre tan tremendo tema la verdad estaba —por ejemplo— en reconocer que no se tuvo nunca, en el transcurso de la "guerra sucia", control sobre las distintas fuerzas que, desde distintos centros de decisión, actuaban.

Por supuesto, reconocemos que esa aceptación desacreditaría una imagen que se quiere preservar, a toda costa.

Pero esa misma tozudez, ese mismo querer que las cosas sean como queremos y no como fueron, demuestra que en lo esencial, aunque trata de tejer explicaciones, incluso aunque se vea obligado a adelantar excusas, el régimen argentino sigue igual a sí mismo. Se reitera en un concepto férreamente vertical del gobierno, aislando a éste del resto de la comunidad, en una especie de autoproclamado mesianismo represor que necesita un fuero y una jurisdicción especiales para ser juzgado, ajenas a la normativa ética y jurídica que es válida para el resto del cuerpo social y por cuya defensa, en última instancia, se afirma estar luchando.

Mientras ese cambio no se produzca, pretender un documento distinto al conocido es ilógico. Pero también es ilógico suponer que la paz auténtica y duradera que Argentina exige pueda alcanzarse con informes como el que comentamos.

La posición moral y política del régimen argentino sería otra si comprendiera esos conceptos elementales. Entonces se podría decir que es capaz de ver la verdad, de aprender sus duras lecciones y de cambiar. Lo que en otras palabras quiere decir bien gobernar y bien preparar el camino para aquellos que deberán sucederlo desde y en la democracia.